

El malestar en los estudios sobre movimientos sociales

The place of malaise in social movement studies

Juan Pablo Rodríguez *

Resumen

Aunque ha sido tematizado, el concepto de malestar no ha tenido un lugar preponderante en los estudios sobre movimientos sociales. Incluso en su variante europea, explícitamente “culturalista”, el malestar no figuró como un concepto especialmente relevante. En los estudios latinoamericanos, por su parte, si bien el *tema* del malestar ha estado presente en mayor medida, éste no ha constituido un *concepto* central. Sin embargo, durante los últimos años, algunos autores han señalado el carácter ineludible del malestar, lo que podría abrir una posibilidad para teorizar de forma más clara la relación entre ambos términos. En el presente artículo se exploran algunas de las razones que subyacen a la ausencia relativa del concepto de malestar y se problematiza el lugar que el concepto puede tener en el campo de estudios sobre movimientos sociales en la actualidad.

Palabras clave: malestar, movimientos sociales, política

Abstract

The concept of malaise has not been of crucial importance for social movements studies. In spite of being an important topic, the concept has remained mainly confined to its descriptive dimension. Even in the “European” branch of social movement studies, where the individual and the cultural dimension of social life are highlighted, the concept of malaise has not been especially addressed. However, with the recent waves of protests around the world, during the last years some authors have pointed out the inescapable character of malaise and other forms of indignation. This could lead to a clarification of the relationship between the two terms. This paper aims to explore the reasons underlying this relative absence and to problematize the place that the topic of malaise can have in the field of social movement studies.

Keywords: malaise, social movements, politics

* Sociólogo, Universidad de Chile. Doctorando en Sociología, Universidad de Bristol, Reino Unido. Correo electrónico: jr14385@bristol.ac.uk

Introducción

El campo de los estudios sobre movimientos sociales norteamericano y europeo surgió como una reacción a los enfoques macro-estructuralistas y funcionalistas tradicionales. La incapacidad de dichos enfoques para observar el desarrollo de un nuevo tipo de movimientos, cuyas dinámicas no se ajustaban al clásico movimiento obrero, habría hecho perder a estos enfoques su potencial explicativo (Tarrow y Tilly, 2007; Tarrow, 2011). Así, al macro-estructuralismo de las teorías sociológicas que subrayan las condiciones históricas y sociales para el desarrollo de la acción colectiva, los estudiosos de los movimientos sociales opusieron el micro-estructuralismo de las oportunidades políticas y organizacionales capaces de explicar cómo la acción colectiva se lleva a cabo en sus propios términos, es decir, sin reducirla a un epifenómeno de estructuras sociales.

Como algunos autores han hecho ver (Goodwin, Jasper y Polletta, 2000), el malestar y otros temas relacionados con aspectos normativos, subjetivos y/o emocionales han sido mayormente ignorados en dichos estudios. Incluso en su variante europea, explícitamente “culturalista” y atenta al surgimiento del individuo como motor y objeto de los así llamados “nuevos movimientos sociales”, el malestar no figuró como un concepto especialmente relevante. En los estudios latinoamericanos, por su parte, si bien el *tema* del malestar ha estado presente en mayor medida, éste no ha constituido un *concepto* central. Sin embargo, durante los últimos años, autores como Manuel Castells (2012) y Donatella Della Porta (2015) han señalado el carácter ineludible del malestar y otras formas de indignación moral en movimientos sociales, lo que podría abrir una posibilidad para teorizar de forma más clara la relación entre ambos términos. En el presente artículo se exploran algunas de las razones que subyacen a la ausencia relativa de la temática del malestar y se problematiza el lugar que dicha temática

puede tener en el campo de estudios sobre movimientos sociales en la actualidad.

El lugar del malestar en la “agenda común”

Recursos y oportunidades

Una de las debilidades más sobresalientes de enfoques sistemáticos como el marxismo es la dificultad de pasar de una dimensión macro-explicativa al terreno concreto de las identidades y la motivación política. Como ha dicho McLennan: “Incluso donde se puede demostrar que la categorización epocal (capitalismo) y el análisis de clase (burguesía /proletariado) poseen una calidad “objetiva” legítima, la expectativa de que las personas experimenten y actúen sobre su situación en términos “estructurales” conllevan enormes riesgos explicativos (McLennan, 1989, p. 261). *Power in Movement* de Sidney Tarrow (2011), uno de los libros paradigmáticos de la escuela de movimientos sociales norteamericanos, pretende precisamente superar una visión que, según él, asume erróneamente el paso de las “condiciones estructurales” a la acción concreta. Esta actitud desconfiada de una explicación estructural profunda pero demasiado abstracta es el punto de encuentro de diversas teorías que forman el denominado modelo del “proceso político”, enfoque que reúne los principales episodios de los estudios sobre movimientos sociales norteamericanos de los últimos treinta años. Según McAdam, Tarrow y Tilly, ya en los años ochenta, “la mayoría de los estudiosos de movimientos sociales norteamericanos habían adoptado una agenda común, y diferían principalmente en su énfasis relativo en los diferentes componentes de esa agenda” (2001, p. 16). A diferencia de la perspectiva del “comportamiento colectivo”, que conceptualizó la acción colectiva como la alteración anómica de los individuos en el sistema, pero también en contraste con la explicación individualista y economicista de Olson (1965) sobre la acción colectiva, la “agenda común” busca revelar los

mecanismos y procesos políticos y culturales que subyacen a diferentes episodios de agencia colectiva. Desde esta perspectiva, si queremos lograr una explicación satisfactoria sobre cómo los procesos de movilización tienen y han tenido lugar en el tiempo, debemos considerar aspectos tales como: las redes sociales en los que éstos se apoyan, las condiciones del sistema político en los que se desenvuelven, las solidaridades y confianza de sus miembros de las que dependen, y la creación y recreación de identidades individuales y colectivas.

Como ha destacado Morris (2000), al centrarse en los vehículos (recursos y oportunidades) que las personas movilizan al actuar colectivamente, el modelo del proceso político puede ofrecer un relato preciso de las condiciones preexistentes en las que actúan los individuos, incluidas las condiciones institucionales y organizativas. La acción colectiva no ocurre en el vacío, dicen los exponentes de la “agenda común”. Por el contrario, las personas que participan de movimientos usualmente se apoyan en redes informales preexistentes, y actúan sobre condiciones políticas y culturales específicas, que pueden servir como incentivos y/o restricciones para la acción. Entre la variedad de aspectos que los investigadores sobre movimientos sociales destacan, se incluyen: 1) la relevancia de las redes sociales informales, los repertorios de acción disponibles y las interacciones cara a cara en la construcción de identidades y organizaciones colectivas; 2) la relevancia del Estado y las oportunidades que el sistema político abre para la acción, incluyendo la relación de los actores con las élites y 3) los significados compartidos que motivan la acción de los actores.

¿Cómo ocurre la acción colectiva? ¿Cómo es que los individuos se reúnen para hacer demandas a un tercero en un solo evento o de una manera más o menos sistemática? ¿Por qué las personas que no están interesadas en política llegan a formar parte de un movimiento social? Este es el tipo de preguntas que aborda la “agenda común”. El punto de partida de esta perspectiva es que no podemos contentarnos con mirar las

grandes estructuras sociales y sus contradicciones y esperar respuestas. Pero tampoco podemos sostener, como sugiere el enfoque de privación relativa (Gurney y Tierney, 1982) que detrás de los movimientos sociales existe un malestar insoportable que se acumula hasta que alcanza su punto de ebullición y explota. El punto es precisamente saber por qué y cómo se produce esa “explosión” (si es que ocurre) en determinado momento y no en otro, por qué involucra o moviliza a ciertos actores y no a otros, en lugares específicos y no en otros y, aún más importante, por qué se expresa políticamente en una dirección emancipadora y/o transformadora y no como pura violencia. El malestar, en ese sentido, no sería capaz de *explicar* por qué ocurre una movilización o por qué se forma un movimiento social. A lo sumo podría *describir* elementos que podrían estar presentes en movimientos específicos.

La premisa básica de la teoría de la movilización de recursos es, como su nombre lo indica, que los movimientos sociales necesitan en primer lugar recursos para actuar y formarse como tales (Oberschall, 1973). Estos recursos pueden ser materiales (trabajos, ingresos, bienes materiales) o simbólicos (carisma, confianza, compromiso) y pueden ser internos o externos a los grupos, es decir, estos recursos pueden ser formados y movilizados dentro del grupo o importados desde otros grupos. Otro tipo de recursos, como organizaciones, redes sociales, solidaridades, son también cruciales para la movilización. Por otro lado, desde el punto de vista “político”, esta perspectiva enfatiza el hecho que la acción colectiva y los movimientos sociales se desarrollan en contextos políticos específicos, y sus reivindicaciones suelen dirigirse a autoridades o instituciones del sistema político. Estas características crean “una estructura de oportunidades políticas” para la movilización, ya que resultan en facilitadores y limitadores de la movilización de los actores sociales (Tarrow, 2011). Así, las acciones colectivas tendrían diferentes resultados, oportunidades de evolucionar y reproducirse, dependiendo si actúan en un sistema político

abierto o cerrado, en regímenes políticos democráticos o no democráticos, o si interactúan con gobiernos receptivos o no receptivos.

En este contexto, donde se enfatizan los recursos y la estructura de oportunidades políticas como determinantes de la acción colectiva, el malestar no aparece como un factor relevante. Aun cuando la ausencia de recursos podría llevar a experiencias de malestar en los individuos y en los movimientos, en ausencia de éstos, es más probable que el malestar no se exprese o se experimente como un asunto privado, que conlleve a una acción colectiva o a la formación de un movimiento social.

Marcos de significación

Pero ni los recursos ni las oportunidades políticas agotan por sí mismos el ámbito de respuestas al “cómo” de la acción colectiva. Lo que estas dos corrientes de estudios sobre movimientos sociales pasan por alto es el hecho que los movimientos sociales producen significados, disputan ideas dominantes y participan activamente en “políticas de significación” (Hall, 1982). El alcance, los modos y el funcionamiento de estas políticas de significación han sido encapsulados dentro de la “agenda común” en el término “marcos culturales colectivos” o “marcos de significación”. Los marcos colectivos son “conjuntos de creencias y significados orientados a la acción que inspiran y legitiman las actividades y campañas de una organización de movimientos sociales” (Benford y Snow, 2000, p. 614). Estos marcos median entre recursos y oportunidades políticas y proporcionan una guía útil para la localización de adversarios, aliados y elaborados diagnósticos de asuntos contenciosos.

Si el malestar no encuentra un lugar significativo en el enfoque que subraya las oportunidades políticas ni tampoco en la teoría de movilización de recursos, podría esperarse que un enfoque centrado en la creación y disputa de sentidos, tuviera al malestar dentro de sus conceptos principales. No obstante, tal como se ha

desarrollado hasta ahora, el modelo de los “marcos de significación” ha abordado el malestar sólo de forma tangencial.

En comparación a las perspectivas de movilización de recursos y de estructura de oportunidades políticas, los “marcos de significación” implican un acercamiento al reconocimiento de la agencia de los individuos en los procesos de acción colectiva. El concepto de “marco” denota “un fenómeno activo, procesual, que implica agencia y disputa a nivel de la construcción de la realidad” (Benford y Snow, 2000, p. 614). Al seleccionar, condensar y simplificar aspectos de la realidad, los marcos colectivos ayudan a los actores a dotar de sentido a dicha realidad (hacerla real para ellos) en un proceso de interacción en el que los significados y las ideas son constantemente negociados. Por esta razón, los marcos son herramientas estratégicas fundamentales, que permiten a los participantes de los movimientos clarificar sus demandas y comunicarlas con efectividad a la sociedad.

Según Benford y Snow (2000), la elaboración de marcos de significación implica tres tareas. En primer lugar, la elaboración crítica de un diagnóstico sobre algún aspecto problemático de la vida social, que incluye la atribución de causalidad a ciertos acontecimientos, y/o de culpa a grupos y adversarios específicos (“marco de diagnóstico”). En segundo lugar, y generalmente como consecuencia de la atribución causal y/o de culpa, la propuesta de una solución al problema (“marco de pronóstico”), proceso que incluye usualmente la identificación de objetivos, tácticas y estrategias a seguir. Y finalmente, dado que “el acuerdo sobre las causas y la solución a un problema particular no produce automáticamente una acción colectiva” (Snow y Benford, 1988, p. 202), la elaboración de un marco motivacional a través del cual se hace un llamado a la acción invocando razones para participar en la movilización. Diagnóstico, pronóstico y motivación son fundamentales para el éxito de cualquier proceso de movilización. Al mismo tiempo, en la medida en que estos marcos son

discutidos discursivamente y negociados dentro de los movimientos, son también la principal razón de conflicto entre las diferentes facciones dentro de ella. Los participantes pueden estar de acuerdo con las causas del problema, pero no con las soluciones o las motivaciones que deben proponer para incitar la acción. Como sea, según Benford y Snow (2000), el éxito de una movilización depende de la medida en que se integren estas tres tareas.

Pero el éxito de la movilización también está estrechamente relacionado con una de las características clave del proceso de elaboración: su resonancia. Y es aquí donde el tema del malestar se torna relevante. Si los movimientos quieren llegar a la sociedad para ganar apoyo o adherentes, los marcos deben ser creíbles. Esto significa que los marcos deben ser articulados por actores creíbles y que las referencias empíricas utilizadas en el diagnóstico deben ser verosímiles y consistentes para los adherentes. Ahora bien, ¿cómo los movimientos aseguran la consistencia y la credibilidad de sus marcos? Según Hart (1996), una exploración minuciosa sobre la forma en que los marcos son elaborados por los actores nos muestra que hay dos procesos discursivos cruciales en el núcleo del proceso de encuadre: la articulación y la amplificación. El proceso de articulación implica la alineación de experiencias y/o eventos, y por lo tanto una forma específica de ensamblar la “realidad”. Para Snow y Benford (1988) es la forma en que se reúnen diferentes partes de la realidad y no su contenido ideacional lo que hace que un marco sea efectivo. Del mismo modo, el proceso de amplificación implica enfatizar eventos, problemas o creencias específicas de tal manera que las demandas del movimiento sean comunicadas con claridad. Respecto al proceso de “puntuación”, es importante señalar que la selección de problemas no excluye la posibilidad de enmarcar una variedad de problemas dentro de un marco singular. Lejos de ser un obstáculo para la efectividad de la movilización de los movimientos, la “parsimonia” alcanzada por un marco singular puede conducir a mayores

grados de apoyo. Como plantean Gerhard y Rutch, “cuanto mayor es el alcance de los problemas cubiertos por un marco, mayor es la gama de grupos sociales que se pueden abordar con el marco y mayor es la capacidad de movilización del marco” (citado en Johnston y Noakes, 2005, p. 34). Por lo tanto, existen marcos que pueden convertirse en “marcos maestros”, como es el caso del marco de la “injusticia” o el “marco de igualdad de derechos”. A diferencia de los marcos específicos, cuya efectividad depende de su apego a un contexto específico, estos “marcos maestros” son “elásticos, flexibles e inclusivos de tal manera que otros movimientos sociales puedan adoptarlo y desplegarlo con éxito en sus campañas” (Benford, 2013, p.1).

Como tema, el malestar aparece en los estudios sobre marcos de significación asociado tanto al aspecto motivacional como a la resonancia que los marcos puedan tener al interior y al exterior del movimiento. El malestar es invocado para motivar la lucha, y/o para que demandas específicas sean apoyadas por la ciudadanía u otros grupos que no pertenecen originalmente al movimiento. Cuando los movimientos interpretan cierta coyuntura (cuando elaboran un diagnóstico) pueden encontrar experiencias de malestar subjetivo que pueden ser útiles para ser integrados como partes del movimiento motivacional. Los movimientos pueden enfatizar o amplificar ciertas experiencias de malestar con el fin de captar adherentes y dotar de legitimidad a sus demandas, o también pueden simplemente hacer un uso estratégico de un discurso sobre el malestar ya instalado, con el fin de que sus demandas alcancen resonancia. En cualquier caso, el malestar aparece en esta perspectiva como un aspecto secundario e instrumental, como una herramienta que puede resultar útil o no.

En este punto es útil comparar la noción de “marcos de significación” con la mucho más antigua noción de ideología, sobre todo considerando que ha habido una tendencia a utilizar como sinónimo ambos términos. Ideologías y marcos no son lo mismo, pues

mientras que la ideología “une una teoría sobre la sociedad con un conjunto de valores sobre lo que es correcto e incorrecto, así como las normas sobre qué hacer” (Oliver y Johnston, 2000, p.7), los “marcos de significación” generalmente carecen de este componente ideacional. Las personas, dentro y fuera de los movimientos, no sólo reaccionan a los marcos y a la propaganda, sino que también piensan. Y el pensamiento implica no sólo la elaboración de un proceso estratégico de marketing, sino también un largo proceso que discusión, evaluación y recreación del conocimiento. En otras palabras, a diferencia de los “marcos de significación”, la ideología incluye el proceso de educación y autoeducación de los movimientos sociales.

Ciertamente, los procesos de elaboración son cruciales para tener éxito en campañas públicas. En este nivel de análisis, sin embargo, las ideas son principalmente dadas por sentado. Cuando las actividades “latentes” de la acción colectiva entran en el cuadro —como subrayó especialmente Melucci en *Nomads of the present* (1989) — es la imagen del “pueblo como pensador” la que prevalece. Aquí tanto la forma como el contenido de las ideas, y usualmente el conflicto que las rodea, están en el centro de las actividades de los movimientos. El malestar entra en este cuadro nuevamente como fuerza motivadora, pero esta vez no de manera instrumental, sino como condición de las tareas de este proceso de pensamiento en colectivo. En este contexto, las experiencias de malestar subjetivo pueden aparecer a la base del diagnóstico de una problemática, pero su fuerza motivadora radicaría no solo en su potencial resonancia con distintos grupos, sino en su valor de verdad y/o sentido que haga en los participantes. Este aspecto, que implica un examen de los aspectos cognitivos y normativos-morales a la base de las demandas de los movimientos, está mayormente ausente de los estudios sobre marcos de significación colectivo.

Las teorías sobre “nuevos movimientos sociales”: cultura y malestar

Malestar y modernidad

La "agenda común" es un producto intelectual principalmente norteamericano. Lo que subyace a los diferentes enfoques que la componen es la necesidad de comprender movimientos sociales específicos y otras formas de política contenciosa que no se reducen a las categorías producidas originalmente en contextos europeos. Como hemos visto, al malestar no ha sido ni un tema ni un concepto especialmente relevante en dichos estudios, con excepción del enfoque de marcos de significación colectivos. La contrapartida europea del modelo del proceso político es lo que se ha conocido como “teoría de los nuevos movimientos sociales”. Los teóricos de los “nuevos movimientos sociales” (en adelante, NMS) comparten un diagnóstico común: el modelo tradicional de modernidad, ya sea en sus versiones marxistas o weberianas, ha experimentado importantes modificaciones (Melucci, 1989); el malestar, en este contexto, entendido como un fenómeno típicamente moderno, sufre también alteraciones. Pero antes de explorar si el cambio epocal y el subsiguiente cambio en la forma en que el malestar se expresa se relaciona directamente con el surgimiento de los nuevos movimientos sociales, es necesario delinear los cambios que, según los teóricos de los NMS, habría experimentado el modelo tradicional de modernidad.

Son tres los temas que pueden ayudar a describir las tendencias más importantes en la transformación de la sociedad moderna industrial según los teóricos de los NMS. En primer lugar, el carácter global de un mundo que se habría convertido en un sistema-mundo. En segundo lugar, el papel clave que juega la información como recurso en este mundo interconectado. Y tercero, el proceso de individualización y la relevancia que adquiere el “yo” en las nuevas dinámicas societales. En este

contexto, el malestar, como tema, aparece como una reacción a dinámicas sistémicas y, sobre todo, como importante fuente de motivación política.

Según Castells (1996), la sociedad contemporánea debe caracterizarse como una sociedad en red. La interconexión de las relaciones entre diferentes grupos e individuos en todo el mundo a diferentes escalas (locales, nacionales y globales), sería el rasgo definitorio de la sociedad contemporánea. Estas “redes mundiales de intercambios instrumentales” tienen su origen en la aceleración de los procesos de internacionalización de la economía y la dominación del sistema financiero sobre una sociedad cada vez más interdependiente. Este proceso, como Touraine (1971a, 2007) ha enfatizado, tiene un carácter político e importantes implicancias culturales. La globalización es política porque se basa en una ideología según la cual la economía no puede ser regulada por las autoridades nacionales u otras autoridades tradicionales, precisamente por su carácter global. Touraine dice: “[L]a idea misma de globalización en efecto contenía el deseo de construir un capitalismo extremo, liberado de cualquier influencia externa, ejerciendo poder sobre toda la sociedad” (Touraine, 2007, p. 22). La posición predominante que tienen Estados Unidos y otros países industrializados como China, India y Brasil en esta economía global, así como el papel político que instituciones como el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio desempeñan en el control sobre el resto del mundo, muestran hasta qué punto esta ideología se ha convertido en una realidad difícil de combatir. Sin embargo, se trata de un sistema de “geometría variable”, como dice Castells (2012), con muchos “agujeros negros” de miseria, cuya conciencia ha impulsado el surgimiento de movimientos altermundialistas y de justicia global desde principios de los noventa.

En la misma línea de Castells y Touraine, Melucci (1996) afirma el carácter global de la sociedad contemporánea, haciendo hincapié en la

dimensión planetaria de sus conexiones y sus límites: “Vivimos en un planeta que se ha convertido en una sociedad global, una sociedad totalmente interconectada. Por su capacidad de intervenir en su medio ambiente y en la propia vida social, y sin embargo, depender todavía de su hogar natural, el planeta Tierra” (Melucci, 1996, p. 2). Para los teóricos de los NMS, la interconexión de esta red y la toma de conciencia de los individuos sobre el carácter global del mundo, sólo son posibles gracias a la revolución de la información y las comunicaciones que ha tenido lugar durante los últimos treinta años. Los cambios en las tecnologías de la información permiten que la red trabaje como tal, interrumpiendo los clásicos ejes espacio-tiempo, permitiendo más fluidez en los procesos de comunicación, y provocando una explosión constante de códigos, imágenes y símbolos. Melucci (1989, 1996), Touraine (1971a, 2007) y Castells (1996, 2012) destacan lo central que ha sido esta revolución tecnológica para el desarrollo de un capitalismo más flexible y adaptable, capaz de erosionar las bases tradicionales del trabajo para extraer más eficientemente y a bajo costo el excedente generado en la red.

Sin embargo, debido a su propia naturaleza, la era de la información no es sólo un hecho económico, sino también social y cultural. La información se extiende por todo el mundo cambiando los patrones en los que se forman los individuos y las identidades colectivas. Sin duda, las grandes revoluciones modernas también dependieron de información y conocimiento. Pero lo que caracteriza a la actual revolución tecnológica no es la centralidad del conocimiento y la información, sino “la aplicación de ese conocimiento e información a la generación del conocimiento y al procesamiento/comunicación de la información, en un circuito de retroalimentación acumulada entre la innovación y los usos de innovación” (Melucci, 1996, p. 31). La información cambia así todas las formas de representación de la vida social, tanto en el nivel del sistema como en el mundo de la

vida; es un recurso clave para la nueva economía capitalista flexible, pero también puede ser utilizado como recurso para su disputar su legitimidad y poder.

Otro de los aspectos clave de las sociedades “postindustriales” es el papel que desempeña el “yo” en la constitución de la sociedad. Debido a los cambios ya mencionados en el plano de la economía, la tecnología, la organización del trabajo y la cultura, las fuentes de individuación también se ven profundamente perturbadas. Según Touraine (2007), la sociedad ya no es capaz de proporcionar soportes para la formación de una identidad individual y auto-realización. La red produce un patrón nuevo y confuso de interacciones sociales y, al hacerlo, socava las certezas y valores que las instituciones tradicionales proporcionan a los individuos. En este contexto, “el yo ya no está firmemente sujeto a una identidad estable; vacila, se tambalea y puede desmoronarse” (Melucci, 1996, p. 3). Del mismo modo, Castells (2012) llama la atención sobre la paradoja de una sociedad bipolar estructurada entre la red y el yo. Por un lado, la red proporciona posibilidades ilimitadas de comunicación, tanto en forma como en contenido; pero por otra parte, la misma red atrapa al individuo en un vórtice de información que es difícil de comprender y de la cual es difícil “hacer sentido”. El proceso de individuación se vuelve así problemático. El surgimiento de nuevas formas de comunitarismo ligado a formas primitivas de formación de identidades colectivas (cerradas y excluyentes), y la forma neoliberal y competitiva del emprendimiento individualista, basado en el interés propio, ilustran hasta qué punto este proceso puede ir mal o fallar. Sin embargo, en un contexto de fuerzas impersonales, flujos y redes, el sujeto individual también puede ser considerado como un espacio de resistencia.

Para Touraine (2007), los cambios radicales en el modo tradicional de la modernidad conducen al declive de la idea misma de sociedad como principio organizativo de la vida social. Existen fundamentos no sociales de lo social, afirma

Touraine, y la aparición del sujeto individual como espacio de resistencia a los poderes sociales es prueba de ello. No se trata de celebrar el “fin de la sociedad” y de glorificar el carácter a-social de las nuevas formas de identidad, sino más bien de pensar en el sujeto individual como fuente de significado y de liberación. Esta posición es resumida por Touraine de la siguiente manera: “La destrucción de la idea de sociedad sólo puede salvarnos de una catástrofe si conduce a la construcción de la idea del sujeto, a la búsqueda de una actividad que no busca lucro ni poder, ni la gloria, sino que afirma la dignidad de todos los seres humanos y el respeto que merecen” (Touraine, 2007, p. 85). En un contexto en el que el poder de las fuerzas impersonales se vuelve global y totalizante, el sujeto individual puede ser concebido no sólo como una fuente de resistencia, sino también como un lugar desde el cual lo social puede ser reconstruido. En este contexto, lo que experiencias de malestar subjetivo señalarían es precisamente la lucha de los individuos contra los sistemas impersonales de dominación, así como las estrategias que a partir del sujeto-individuo pueden liberarse para afirmar la dignidad humana en un contexto donde ésta se encuentra constantemente amenazada.

De la política a la cultura, ¿y de la cultura, al malestar?: la “novedad” de los “nuevos” movimientos sociales

El énfasis de los teóricos de los NMS en la transformación de la sociedad moderna los llevó al punto de sugerir el declive de la idea misma de la sociedad como el principio organizativo de la vida social. A pesar de esto, los teóricos de los NMS conservan la actitud sociológica clásica de intentar describir y explicar las características de esta nueva totalidad societal. Los movimientos sociales surgen de estas condiciones; son expresiones de la “nueva era”. Según Touraine (1971a), si la autoproducción y autocomprensión de la sociedad fue en un comienzo de la modernidad principalmente política, y luego social, hoy las sociedades se

producen en términos culturales. La cultura, entonces, se convierte así en una nueva forma de denominar “lo social”; y por consiguiente, los “nuevos movimientos sociales” deben ser considerados principalmente como movimientos culturales.

Esta “culturalización” de lo social, no obstante, ocurre a través de una “despolitización” explícita de lo social. De hecho, tal vez el aspecto más característico de las teorías sobre NMS es el desacople de los movimientos sociales y la acción colectiva de su dimensión política. Desde este punto de vista, la autonomía de los movimientos sociales sólo puede afirmarse si consideramos que los conflictos son sociales y no políticos, y si prestamos especial atención a la forma en que los movimientos sociales se constituyen más allá o más acá del sistema político. Melucci escribe: “[L]os movimientos sociales contemporáneos, más que otros en el pasado, se han desplazado hacia un terreno no político: la necesidad de autorrealización en la vida cotidiana” (Melucci, 1989, p. 23). No es que los “viejos tiempos” del reinado de las fuerzas económicas hayan pasado, sino precisamente lo contrario: la nueva forma del capitalismo integra como factores de producción a todos los ámbitos de la vida social (Touraine, 1971a, p. 4). En otras palabras, si los nuevos movimientos sociales son más “culturalistas” que el movimiento obrero clásico no se debe primordialmente al contenido de sus reivindicaciones y demandas, sino a la naturaleza misma del sistema y de sus conflictos.

El análisis de Touraine del movimiento de mayo de 1968 ayuda a aclarar esta operación mediante la cual se afirma la autonomía de lo social-cultural respecto de la política. Al analizar la complejidad del movimiento de mayo del 68, dice Touraine: “La revolución cultural fue el fundamento mismo de una lucha de clases que no se concentró en las relaciones económicas, sino en toda la sociedad, porque el nuevo poder social extendía su control por todas partes” (Touraine, 1971b, p. 62). Para Touraine, el movimiento de mayo fue una reacción a una

crisis social señalada por la desintegración de la sociedad industrial; fue la expresión de un conflicto de clases, pero también de populismo. Lo viejo y lo nuevo se combinaron. Pero dicha combinación no tuvo que ver con la procedencia de sus líderes, ni con la acción unida de trabajadores y estudiantes, sino con el hecho que la sociedad misma estaba en crisis y en transición. El nuevo carácter que adquiere la sociedad puede explicar así la novedad del movimiento. Y es por esta razón que Touraine sostiene que el movimiento de mayo fue en parte un movimiento antisociedad. Según Touraine, los estudiantes no apelaban tanto a la racionalidad y a la estrategia como a la espontaneidad, el placer y la fantasía: “El movimiento de mayo, al igual que la mayoría de los movimientos populistas, lanzó un llamamiento que era más emocional que racional. Su atractivo para derrocar al mundo supuestamente real, mecanicista, estaba dirigido a la energía popular, a la vida, y sonaba más como el vitalismo bergsonianiano que el racionalismo marxista” (Touraine, 1971b, p. 47).

En una línea similar, Melucci (1989) subraya cuatro características de los “nuevos” movimientos sociales: 1) la preocupación mayoritaria por asuntos inmateriales o post-materiales, (fundamentalmente información), por sobre la preocupación clásica por la distribución de recursos y bienes materiales; 2) el carácter no instrumental de las acciones del movimiento y la concomitante valorización de la experiencia de ser parte del movimiento como un fin en sí mismo; 3) la complementariedad de las dimensiones pública y privada de la vida, donde “vivir de forma diferente y luchar por una sociedad diferente” se consideran dos actividades complementarias. Y por último, la conciencia de vivir en un mundo planetario interdependiente, que hace que las redes de solidaridades entre miembros de movimientos y de los movimientos con diferentes demandas en distintas partes del mundo vayan más allá del internacionalismo del movimiento obrero clásico.

Los teóricos de los NMS han insistido que señalar estas características como constitutivas de los “nuevos” movimientos sociales no equivale a negar la persistencia de formas de organización y demandas “clásicas”. Más bien, los teóricos de los NMS se centran en estas tendencias porque apuntan a los rasgos emergentes de una estructura social en proceso de transformación. Los elementos de las acciones colectivas tradicionales son de hecho observables en los nuevos movimientos; lo que habría que enfatizar es que estos son constantemente interrogados, traducidos o críticamente apropiados por los miembros de los movimientos. Sin embargo, es importante destacar que esta apropiación conduce a los teóricos de la NMS no sólo a desplazar aspectos marxistas clásicos, como la política de clase, sino a desplazar la dimensión de “lo político” en general. Según los teóricos de los NMS, los movimientos contemporáneos no dirigen sus demandas ni al Estado ni a cualquier otra institución del sistema político. Por otra parte, las grandes ideologías, proyectos políticos y organizaciones políticas serían explícitamente rechazadas por estos movimientos. Sus tareas centrales y su importancia se basan más bien en la creación de nuevos significados y mensajes para ser entregados a la sociedad (civil), con el fin de que ésta pueda aprender sobre sus propias contradicciones. En este sentido, podemos decir que los movimientos sociales contemporáneos son pre-políticos (se forman en el terreno de la vida cotidiana) y meta-políticos (sus acciones van más allá del sistema político).

Un último retrato de los movimientos contemporáneos como movimientos anti-política y anti-sociedad es ofrecido por Castells en *Redes de indignación y esperanza* (2012). Al analizar las olas de protestas que emergieron en diferentes partes del mundo después de la crisis financiera de 2008, Castells sostiene que “en todos los casos los movimientos ignoraron a los partidos políticos, desconfiaron de los medios de comunicación, no reconocieron ningún liderazgo y rechazaron toda organización

formal, dependiendo de internet y de las asambleas locales para el debate colectivo y la toma de decisiones” (Castells, 2012, p. 4). En términos de los temas que reúnen a estos diferentes movimientos alrededor del mundo, Castells subraya la indignación y el sentimiento de malestar; en lugar de protestar contra la pobreza, la desigualdad y el carácter antidemocrático del régimen político, hoy la gente se estaría uniendo para rebelarse contra el cinismo de los políticos y otros representantes del poder político, cultural y económico. Se rebelan contra el poder; y aunque sus acciones implican el uso de algún tipo de poder también, éste se apropia creativamente y circula a través de canales alternativos –no hegemónicos– de comunicación social. Así, el malestar aparece asociado a una idea de movimientos sociales como movimientos anti-sociedad y anti-política, como una reacción y como una fuente de motivación política o de rebeldía contra el poder. Al definir a los nuevos movimientos sociales en virtud de su oposición al poder en general, lo que se afirma es el carácter difuso del malestar que estaría a su base, difuminando así los límites entre movimientos con horizontes liberadores o emancipadores, y la mera suma de indignaciones individuales y difusas.

¿Más allá del malestar?

La rebeldía contra el poder de la que habla Castells ha sido también una de las formas de tratar el vínculo entre malestar y movimientos sociales en Chile. La condición paradójica de los movimientos sociales en Chile es que, a diferencia de las experiencias europeas o norteamericanas, tienen lugar en un espacio que se caracteriza por la ausencia de una sociedad civil fuerte, presupuesto básico del modelo liberal europeo. Esto ha implicado que los movimientos han debido recurrir a formas de poder que han ido siempre contra el Estado o más allá de éste. Al mismo tiempo, sin embargo, los aspectos de autonomía subrayados por los teóricos de los NMS, presentes bajo distintas formas de autogestión, han tenido siempre un carácter político-democratizador, entendiendo

lo político no sólo como un espacio institucionalizado de poder sino como una dimensión de disenso inherente a la vida social (Garcés, 2004). Gabriel Salazar (2012), en sintonía con varios de los puntos planteados por Melucci (1989, 1996), subraya así el carácter autónomo (con respecto al poder político) de los movimientos sociales, la importancia de la autogestión como forma política clave en el desarrollo de los mismos, y su capacidad para recrear o reinventar nuevas formas de poder o contrapoder.

Sin embargo, sería erróneo plantear que el malestar, como tema, ha tenido una mayor presencia en los estudios sobre acción política y colectiva en el contexto chileno. En general, cuando se habla de malestar se hace referencia de forma muy general a una serie de experiencias opuestas a un concepto laxo de “bienestar”, que están a la base de procesos de subjetivación política, pero cuya relación con procesos de movilización/no movilización no es clara. Consideremos, por ejemplo, el clásico debate entre el Informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, liderado por Norbert Lechner (PNUD, 1998), y José Joaquín Brunner (1998).

Dicho debate enfrentó dos tesis. La primera – sostenida por el Informe del PNUD – planteaba que el proceso modernizador llevado a cabo por la Concertación generaba una serie de efectos no deseados a nivel de la subjetividad de las personas, quienes veían impedidas sus capacidades para constituirse como sujetos. Esto provocaba un malestar difuso, que se expresaba principalmente en sentimientos de incertidumbre y miedo. La segunda, en tanto, sostenía que en lugar de malestar, lo que existía era un desajuste entre un proceso de modernización acelerado y las expectativas de individuos que veían que sus aspiraciones no eran cumplidas. Sólo la primera lectura abría la posibilidad de vincular el tema del malestar con su significación política, específicamente, al otorgar elementos para comprender por qué no se desarrollaban movimientos sociales significativos en Chile. No obstante, el énfasis no

estaba puesto en el vínculo entre malestar y acción colectiva, sino en las deficiencias del modelo de desarrollo y la importancia de explorar la dimensión subjetiva de la política. En otras palabras, el Informe servía para aclarar que *una condición necesaria* para la constitución de sujetos políticos no se cumplía en el caso chileno, a saber, el bienestar de las personas (entendido como seguridad humana, bienestar subjetivo, etc.). Pero a nivel conceptual, el bienestar de las personas puede relacionarse con una serie de acciones y actitudes que bien podrían no incluir el desarrollo de movimientos sociales (ciudadanía democrática “saludable”, cultura política democrática, valores democráticos, etc.). Más aún, las características subrayadas por el Informe del PNUD (1998) como trabas a la constitución de sujetos políticos no figuran en el tratamiento que Gabriel Salazar (2012) y otros han hecho de los movimientos sociales chilenos.

Otro intento reciente por explorar la relación entre malestar y movilizaciones sociales es el de Nicolás Somma. En *Discontent, collective protest, and social movements* (2016), Somma toma la perspectiva de los marcos de significación colectiva para señalar en qué medida el malestar estuvo a la base de las movilizaciones estudiantiles del año 2011. Mediante un estudio cuantitativo, Somma examina creencias y actitudes sobre una variedad de temas relacionadas con el sistema político y la sociedad chilena en general, para concluir que sólo un tipo específico de malestar –aquel en el que se ha hecho una atribución de culpa y/o causalidad a episodios que son experimentados como abusos de poder– es capaz de impulsar movilizaciones. Además de la conclusión –que pone en evidencia el uso de una de las formas en que vimos aparece el malestar en el enfoque de marcos colectivos– resulta significativa la definición de malestar con la que Somma trabaja. El malestar es definido como “el sentimiento de *disconformidad* con algún aspecto del mundo” (Somma, 2016, p. 47), lo que incluye una “insatisfacción con la situación económica propia o desconfianza en las autori-

dades políticas a través de la percepción de abuso por parte de un actor poderoso” (Somma, 2016, p. 47). El concepto de malestar, por tanto, queda subsumido en los de insatisfacción y desconfianza. Detrás de esta definición se encuentra seguramente la necesidad de operacionalizar el concepto para hacerlo viable en el estudio cuantitativo; pero de todas formas, no se especifica por qué la “disconformidad con algún aspecto del mundo” implica necesariamente insatisfacción y desconfianza, o por qué dichos conceptos por separado no serían mejores descriptores que el de malestar.

El carácter difuso que se le atribuye usualmente al malestar cuando se constata su existencia en una sociedad, dice más sobre el carácter del concepto que sobre la propia realidad que éste busca aprehender. Esto difícilmente podría ser de otra manera, si consideramos que la formulación original del término se la debemos a Freud. El malestar de Freud, sin embargo, es distinto al malestar que hemos estado intentado rastrear en los estudios sobre movimientos sociales. Para Freud el malestar es un elemento constitutivo e ineludible de la vida en sociedad (o civilización), y, debido a su carácter inconsciente, es un concepto de por sí difícil de localizar y tematizar reflexivamente. Emplear el concepto en la formulación freudiana nos llevaría a lecturas conservadoras que, o bien insisten en la necesidad de instituciones fuertes e individuos que estén dispuestos a pagar el impuesto civilizatorio (con cuotas de mala conciencia, alienación, u otras formas de malestar), o bien nos regresaría al punto de partida de los estudios sobre movimientos sociales, que combatieron precisamente la idea de la acción colectiva como el reclamo irracional de masas insatisfechas.

Pero la propia distinción entre el concepto de malestar freudiano –como condición invariable de la sociabilidad– y la de un malestar histórica y socialmente producido, es difícil de rastrear en los estudios sobre movimientos sociales. Y de alguna u otra manera, el concepto mismo de malestar se resiste a ser integrado a alguno de sus marcos. Antes de sugerir posibles vías de

localización del malestar con el fin de problematizar su relación con los movimientos sociales, vale la pena mencionar, a modo de resumen, la forma en que el malestar ha aparecido en los estudios sobre movimientos sociales.

Como hemos visto, el malestar ha aparecido de dos formas en dichos estudios:

1) Como *tema*, el malestar se asocia a la *motivación* que individuos tendrían para tomar parte de algún tipo de manifestación colectiva o de algún movimiento social. Los individuos actuarían colectivamente porque experimentan malestar. Pero el hecho de que esa motivación sea realmente política, es decir, que el malestar se exprese políticamente y no como un estallido de pura violencia, o que se exprese en movimientos con reivindicaciones no igualitarias o fascistas, no es un tema mayormente explorado. Esto, pues o se asume que el malestar no ofrece ninguna contribución específica a la comprensión de cómo y por qué se forma un movimiento social (por ser demasiado general), o se asume que éste posee un sentido político *per se*.

2) Como *concepto*, el malestar se asocia a un recurso para la elaboración de marcos motivacionales o para obtener resonancia al interior y/o al exterior de los movimientos. Además de este uso estratégico del malestar como “marco”, el concepto de malestar se emplea para *describir* un conjunto de experiencias que van desde la incapacidad de los individuos para auto-realizarse plenamente, pasando por la lucha por alcanzar dignidad hasta el rechazo generalizado a formas de vida y modos de dominación. En cualquier caso, cuando ha ido asociado al estudio de movimientos sociales, el *concepto* de malestar es escasamente elaborado.

Tomando en cuenta que el nexo entre malestar y movimientos sociales ha sido escasamente elaborado, entre otras cosas, por el carácter mismo del concepto (un concepto general y difuso), hay dos vías que se abren para al menos insistir en su problematización. Una vía es exa-

minar en detalle la *idea de malestar*, y a partir de allí, dotarla de contenido. La idea de malestar podría encontrar así, en sus desplazamientos, un mejor lugar en el estudio sobre movimientos sociales. El riesgo de esta operación sería aceptar la renuncia al concepto en favor de la persistencia de la idea. Existen en el campo de la teoría social y política clásica y contemporánea una variedad de herramientas conceptuales que permitirían re-elaborar la idea de malestar y, con ello, especificar el sentido en el que se usa el término dependiendo de los distintos contextos epistemológicos, teóricos, analíticos, etc. Desde el punto de vista de la teoría social, ya en los clásicos de la sociología se encuentran elementos conceptuales que permiten una conceptualización de la idea del malestar y sus posibles manifestaciones. Piénsese por ejemplo en los conceptos de pérdida de sentido y libertad, de alienación y de anomia. Dichas teorías han encontrado sus reelaboraciones a lo largo del tiempo, desde la apropiación crítica explícita de Marcuse de parte del aparatage conceptual freudiano, a la teoría del reconocimiento de Axel Honneth y la sociología crítica de Luc Boltanski. Aquí, como lo ha señalado Mauro Basaure (2013), ideas tales como la de patologías sociales o sentimientos de injusticia reemplazan al concepto de malestar, lo que permite describir y comprender de mejor manera ciertas dinámicas de movimientos sociales contemporáneos. Lo que el enfrentamiento con aportes de la sociología o la teoría social haría, en definitiva, es forzar una clarificación conceptual que permitiera definir por qué y en qué casos el concepto de malestar sería más apropiado para describir y/o explicar aspectos del desarrollo de los movimientos sociales.

Otra vía a explorar es el posible vínculo entre ramas de la sociología de la salud (mental) y el desarrollo de los movimientos sociales. Aquí, al igual que en el caso de la teoría social, el objeto de estudio principal no son los movimientos sociales sino que el propio malestar. En *Experiencias del desasosiego: salud mental y malestar en Chile* (Aceituno, Miranda y Jiménez,

2012) los autores señalan: “Los “síntomas” de deterioro de la salud mental prevalentes en nuestra sociedad y en nuestra época pueden ser considerados a modo de hipótesis como la expresión “psicopatológica” de un estado de malestar que va más allá de sus componentes puramente individuales. O, más bien, donde el espacio “psíquico” es a la vez la traducción aparentemente “privada” de demandas que caracterizan la relación al Otro social en la cotidianidad de la experiencia social” (Aceituno, Miranda y Jiménez, 2013, p. 93). Los “síntomas” que se expresan a nivel individual, entonces, tienen que ser vistos como demandas o mensajes que siguen la lógica del reconocimiento del sujeto, y que involucran la experiencia y la constitución de éste (su inscripción simbólica) en un contexto social, económico y cultural amplio. En el caso chileno, el malestar se presenta bajo la forma de una extrema individualización, lo que implicaría que las personas no perciben el malestar como un producto social sino como el efecto de incompetencias personales. Esto último produciría experiencias de desasosiego.

Si bien es cierto que desde la perspectiva de la salud mental el objetivo es llamar la atención sobre la significación sociocultural del malestar con el fin de incidir en las respuestas que las instituciones pueden dar a las demandas que le subyacen, es importante destacar que es en este campo donde el concepto de malestar puede encontrar mayor elaboración teórica. En ese sentido, un concepto sociológico de salud mental podría ofrecer herramientas conceptuales que podrían ayudar a esclarecer el vínculo entre experiencias de malestar y movimientos sociales.

Finalmente, es importante reflexionar sobre el *lenguaje* en que el malestar se expresa, no sólo a nivel de formas de sentido que desbordan el campo de las disciplinas de las ciencias sociales y que habría que rastrear también (en el campo artístico y/o literario), sino a nivel de la forma en que el sentido del malestar tiende a fijarse en ciertos discursos. Junto con coincidir en el diagnóstico de una individualización del males-

tar y bienestar subjetivo, el Informe del PNUD del año 2012 *Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*, señala que: “Lo claro es que hoy el “malestar”, tal como se retrataba en el Informe sobre Desarrollo Humano de 1998, *Las paradojas de la modernización*, vuelve a ser la palabra de moda entre las elites. El desafío radica entonces en identificar su actual naturaleza y sus implicancias, y en mostrar por qué la pregunta por el desarrollo es parte de esa misma conversación” (PNUD, 2012, p. 41). O quizás no. Quizás precisamente por eso habría que explorar por qué el lenguaje del malestar no incomoda al poder, es decir, por qué el poder tiene la capacidad de procesar el malestar de forma positiva, de domesticarlo, de, en definitiva, fijar su sentido.

No hay que pasar por alto, por tanto, el carácter normativo de un concepto como el de malestar, que en general se pretende emplear no sólo como descriptor de un estado, situación o experiencias, sino también como una herramienta crítica. Pese a la ausencia de una

conceptualización acabada del concepto, su uso revela una motivación dirigida a constatar un hecho: hay malestar. Sin embargo, nombrar el malestar no es suficiente para precisar los efectos de un modo de dominación y de producción cuyas contradicciones producen experiencias de malestar y sufrimiento. Muy por el contrario, como han mostrado los propios movimientos sociales, es posible pensar desde el malestar y elaborar, por ejemplo, críticas de la sociedad que vayan más allá de un mero ejercicio expresivo. Puede que el malestar entonces sea el lugar desde donde pensar aquello que el propio concepto oblitera o limita.

Referencias

- Aceituno, R., Miranda, G. y Jiménez, A. (2012). Experiencias del desasosiego: Salud mental y malestar en Chile. *Revista Anales de la Universidad de Chile*. Séptima Serie, 3, 87-102.
- Basaure, M. (2013). Malestar, (re)conocimiento social y política (entrevista). *Némesis*, 10, 165-181.
- Benford, R. D. (2013). Master frame. En D. A. Snow, D. della Porta, B. Klandermans y Doug McAdam (Eds.), *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*. Oxford, UK: Blackwell.
- Benford, R.D. y Snow, D.A. (2000). Framing processes and social movements: an overview and assessment. *Annual Review of Sociology*, 26, 611–639.
- Brunner, J.J. (1998). Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando? *Estudios Públicos*, 72, 173-198.
- Castells, M. (1996). *The rise of the network society. The information age: Economy, society, and culture* (Vol. 1). Massachusetts, EU: Blackwell Publishers.
- Castells, M. (2012). *Networks of outrage and hope: social movements in the Internet age*. Cambridge, UK: Polity.
- Della Porta, D. (2015) *Social Movements in Times of Austerity*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Garcés, M. (2004). Los movimientos sociales populares en el siglo XX: balance y perspectivas. *Política*, 43, 13-33.

- Goodwin, J., Jasper, J. y Polletta, F. (2000). The Return of the Repressed: The Fall and Rise of Emotions in Social Movement Theory. *Mobilization*, 5(1), 65-83.
- Gurney, J. N. y Tierney, K. J. (1982). Relative deprivation and social movements: A critical look at twenty years of theory and research. *Sociological Quarterly*, 23(1), pp 33-47.
- Hall, S. (1982). The rediscovery of ideology: return to the repressed in media studies. En M. Gurevitch, T. Bennett, J. Curran y J. Woollacott (Eds.), *Culture, Society and the Media* (56-90). New York, EU: Methuen.
- Hart, S. (1996). The cultural dimension of social movements: A theoretical reassessment and literature review. *Sociology of Religion*, 57(1), 87-100.
- Johnston, H. y Noakes, J. A. (2005). *Frames of protest: Social movements and the framing perspective*. Lanham, UK: Rowman & Littlefield Publishers.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, Ch. (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- McLennan, G. (1989). *Marxism, pluralism, and beyond: Classic debates and new departures*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Melucci, A. (1989). *Nomads of the present: social movements and individual needs in contemporary society*. Philadelphia, EU: Temple University Press.
- Melucci, A. (1996). *The Playing Self: Person and Meaning in the Planetary Society*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Morris, A. (2000). Reflections on social movements theory: criticisms and proposals. *Contemporary Sociology*, 29(3), 445-454.
- Oberschall, A. (1973). *Social conflicts and social movements*. Englewoods Cliffs, EU: Prentice-Hall.
- Oliver, P. y Johnston, H. (2000). What a Good Idea! Ideologies and Frames in Social Movement Research. *Mobilization*, 5(1), 37-54.
- Olson, M. (1965). *The Logic of Collective Action*. Harvard, EU: University Press.
- PNUD (1998). *Desarrollo Humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. Santiago, Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- PNUD (2012). *Desarrollo Humano en Chile. Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*. Santiago, Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Salazar, G. (2012). *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Santiago, Chile: Uqbar.
- Snow, D.A y Benford, R.D. (1988). Ideology, frame resonance and participant mobilization. *International Social Movements Research*, 1(1), 197-218.
- Somma, N. (2016). Discontent, Collective Protest, and Social Movements in Chile. En A. Joignant, M. Morales y C. Fuentes (Eds.), *Malaise in Representation in Latin American Countries: Chile, Argentina and Uruguay* (47-68). New York, EU: Palgrave Macmillan.
- Tarrow, S. (2011). *Power in movement: Social movements and contentious politics*. Cambridge, EU: Cambridge University Press.
- Tilly, Ch, y Tarrow, S. (2007). *Contentious Politics*. Boulder, EU: Paradigm Publishers.
- Touraine, A. (1971a). *The Post Industrial Society*. New York, EU: Random House.
- Touraine, A. (1971b). *The May movement: Revolt and reform. May 1968-the student rebellion and workers' strike. The birth of a social movement*. New York, EU: Random House.
- Touraine, A. (2007). *A new paradigm for understanding today's world*. Cambridge, UK: Polity Press.

Recepción: 20-junio-2017

Aceptación: 15-agosto-2017